

Malas Calles

HISTORIAS CRIMINALES CONTADAS POR POLICÍAS



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://www.facebook.com/reinodecordelia)

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>



Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Julio Arroyo, Manuel Avilés, Noelia Colmenarejo, José Manuel Estébanez, Serafín Giraldo, Antonio J. Gómez Montejano, Evelyn Kassner, Alejandro M. Gallo, Ricardo Magaz, Mónica Nombela, José Romero Romel, Juan Enrique Soto, Samuel Vázquez, 2022

Coordinación © Alejandro M. Gallo y Ricardo Magaz, 2022

Ilustración de sobrecubierta: © Gala Fernández Montero, 2021

IBIC: FF | Thema: FF

ISBN: 978-84-18141-91-1

Depósito legal: M-13117-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Malas Calles

HISTORIAS CRIMINALES CONTADAS POR POLICÍAS

*Coordinación de Ricardo Magaz
y Alejandro M. Gallo*



Índice

Prólogo A modo de introducción	II
Decisiones	
<i>Julio Arroyo</i>	21
Donde menos se espera... salta la liebre	
<i>Manuel Avilés & Mónica Nombela</i>	35
Un café pendiente	
<i>Noelia Colmenarejo</i>	57
Un <i>fallo</i> lo tiene cualquiera	
<i>José Manuel Estébanez</i>	69
Los últimos días del policía Mario	
<i>Serafín Giraldo</i>	77
Al servicio del bien	95
Tres rostros y una paradoja	
<i>Antonio J. Gómez Montejano</i>	115
El asesino del Centro Pompidou	
<i>Alejandro M. Gallo</i>	131

	Iniquidad	
	<i>Manuel Avilés & Evelyn Kassner</i>	169
La prostituta que pidió ser enterrada		
en El Corte Inglés		191
Alipio Morgades, inspector de policía		
de segunda clase		
	<i>Ricardo Magaz</i>	203
Quiero comerte el corazón		
	<i>José Romero Romel</i>	211
	Entrevías express	
	<i>Juan Enrique Soto</i>	223
	Matar de miedo	
	<i>Samuel Vázquez</i>	231

ÍNDICE DE AUTORES



🔫 Julio Arroyo (Santander, 1979) es miembro del Cuerpo Nacional de Policía. Amante del cine y el cómic, comenzó escribiendo relatos cortos, lo que le llevó a realizar artículos y entrevistas para la revista autonómica *Policía Solidaria* de Cantabria, de la que llegaría a ser editor y redactor. Columnista en la sección propia «Pienso, luego insisto» de la revista digital *Opineslibres.es*. En 2021, Dolmen Editorial publicó su primera novela negra, titulada *Ferro*, presentada en la XXXIV edición de la Semana Negra de Gijón.



🔫 Manuel Avilés, funcionario del Cuerpo Especial de Instituciones Penitenciarias, recientemente jubilado, ha dirigido los centros de Nanclares de la Oca, Picassent, Psiquiátrico de Alicante y Palma de Mallorca. Durante más de diez años se dedicó a la investigación del terrorismo etarra y durante un breve espacio de tiempo dirigió el Área de Seguridad Ciudadana y Tráfico en Gijón. Ha publicado más de una docena libros, el último *De prisiones, putas y pistolas. El desmantelamiento de ETA en la cárcel*.

Mónica Nombela, coautora del relato que firma junto a Manuel Avilés, es una abogada madrileña, especializada en Derecho Penal y de Sucesiones, que recientemente ha publicado la novela *A contratiempo*.



🔫 Noelia Colmenarejo (Colmenar Viejo, Madrid, 1985) es madre y oficial de la Policía Municipal de Madrid, cuerpo en el que lleva trece años, diez de ellos compaginando la labor de patrullera de distrito con la especialidad de violencia de género y doméstica. En 2021 publicó su primera novela, *Un currículum perfecto*, en la que narra un caso real de violencia de género por poderes, una investigación que llevó ella misma durante seis años. Ha realizado ponencias sobre aspectos relacionados con la violencia de género en asociaciones, revistas, radios, televisión y redes sociales. Le gusta escribir poesía, pintar y todo lo relacionado con la creatividad.



F José Manuel Estébanez, licenciado en Derecho, ha ejercido como secretario judicial sustituto y magistrado suplente de la Audiencia Provincial de Asturias. Actualmente es juez sustituto del Tribunal Superior de Justicia de Asturias. En el aspecto literario, dirige la web *La ventana* y es autor de numerosos artículos y ensayos. Desde hace años es uno de los impulsores de la Semana Negra de Gijón, donde coordina numerosas actividades y modera presentaciones de libros.



F Serafín Giraldo es inspector de Policía y profesor del área jurídica en el Centro de Altos Estudios Policiales del Cuerpo Nacional de Policía. Licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca, se doctoró en Formación (Derecho administrativo/protocolos y formación policial) en la Universidad de Valladolid. Autor de manuales de Derecho Penal y Administrativo publicados por Dykinson/Aranzadi y Punto Rojo, colabora con *La Razón* y *La Gaceta*, así como en la revista *Ciencia Policial*, de la Policía Nacional. Preside la asociación Policía H50, y es portavoz del diario digital *h50*, que cuenta con varios millones de lectores.



F Antonio J. Gómez Montejano es madrileño. Licenciado en Ciencias de la Información, máster en Comunicación y Problemas Socio-culturales, cuenta además con titulaciones superiores en Gestión y Dirección de la Seguridad Pública. Comisario del Cuerpo de Policía Municipal de Madrid, en el que ingresó en 1982, ha ejercido el mando de varias Unidades y Departamentos de distintas especialidades, entre ellos el de Comunicación y Relaciones Externas, el Centro de Formación y actualmente la Comisaría de Seguridad Vial. Presidente de varias asociaciones profesionales, es autor de catorce libros y numerosos artículos publicados en revistas profesionales, algunas de las cuales ha dirigido. Una de sus novelas obtuvo el primer premio del Certamen Literario Internacional de la Asociación Cultural Alcorcón Siglo XXI.

Alejandro M. Gallo es comisario-jefe de la Policía Local de Gijón.



Doctor en Filosofía, máster universitario en Filosofía Teórica y Práctica y licenciado en varias carreras universitarias, fue oficial del Ejército, jefe de la Policía Local de Astorga (León) y de Langreo (Asturias). Su pasión por la Memoria Histórica ya quedó patente desde su primera novela, *Asesinato de un trotskista*, finalista del Premio Internacional de Novela Negra Umbriel. Posteriormente ha publicado *Una mina llamada Infierno* (2005), *Asesinato en el Tren Negro* (2006), *La última fosa: revolución del 34. Caso Abierto* (2008) y *Oración sangrienta en Vallekas* (2014). También es autor de *Caballeros de la Muerte* (2007), *Operación Exterminio* (2009), *Seis meses con el comisario Gorgonio* (2011), *Asesinato en el Kremlin* (2011), con la que obtuvo el XIV Premio Francisco Pavón de Narrativa Policíaca, *Morir bajo dos banderas* (2012), finalista del Premio de la Crítica de Castilla y León, y *La muerte abrió la leyenda* (2016), ganadora del I Premio Letras del Mediterráneo y traducida a varios idiomas. Recientemente ha publicado *Franco debe morir* (2020) y su trabajo más ambicioso, *Crítica de la Razón Paranoide* (2021).

Evelyn Kassner, escritora hispano-alemana, abandonó su trabajo en el sector turístico para dedicarse a escribir. Su ópera prima, *La casa de las flores blancas*, ha sido calificada como un *thriller* apasionante.

Ricardo Magaz, escritor y policía, cultiva la novela, el tratado, el ensayo y la columna de opinión. Profesor de Fenomenología Criminal en UNED-IUGM y en la institución policial, preside la Sociedad Científica Española de Criminología y colabora como analista en diversas cadenas de prensa y televisión. Miembro del grupo de trabajo del Observatorio de Tráficos Ilícitos y Redes Criminales del Real Instituto Elcano, ha publicado las novelas *La embajada*,



finalista del Premio Nacional de la Crítica (1997), *El inquietante sonido del timbre* (2001), *Ora la espada, ora la pluma*, elegido por la Asociación de la Prensa Libro del Año en su género (2006), *Garófalo o la lesión de los sentimientos* (2007), *Miénteme poeta, dime que me quieres* (2011), *Perro no come perro* (2016), *Crónicas del nueve parabellum* (2018) y *España negra: crimen sin fronteras y narcotráfico* (2021). Es autor de los ensayos *El esclavo mundo de las drogas* (1992), *Narcotráfico y drogas de abuso* (2014) y *Criminalidad y globalización* (2016).

F José Romero Romel (1961) ingresó en la Policía Municipal de Madrid en 1982. Actualmente jubilado, su labor literaria le ha llevado a escribir columnas semanales en *Estrella Digital* y a colaborar en el digital *Merca2*, Radio Nacional y Radio Libertad. Ha publicado varias novelas con las editoriales Sial Pigmalión y Vitrubio y actualmente lo hace en Amazon. En 2014 obtuvo el Premio Escribiente al mejor autor novel.



F Juan Enrique Soto es inspector jefe de la Policía Nacional, donde durante diez años ha dirigido la Sección de Análisis de Conducta. Doctor en Psicología, ha publicado numerosos textos sobre la conducta criminal y actualmente ejerce como profesor en el Centro de Altos Estudios Policiales. Ha publicado las novelas *El silencio entre las palabras* (2012), *La barca voladora* (2015) y *El Museo del Olvido* (2018), *El espectro de Iteón Jacq* (2017), que ganó el Primer Certamen Nacional de Novelas de Terror La Fábrica de los Sueños, y *El abismo* (2019). Ha participado en numerosas antologías de relatos, fue columnista en *Diario de Las Palmas* y *La Opinión de Málaga*, y editor de la revista digital de creación *La Barca*.



F Samuel Vázquez (Mieres, Asturias, 1975), grado en Criminología por la Universidad de Salamanca, es miembro de los Grupos Operativos de Respuesta (GOR) de la Policía Nacional. Presidente de la asociación Una Policía para el Siglo XXI, su primera novela publicada fue *Justicia poética* (2017), a la que siguieron los ensayos *El reiterado fracaso de la utopía colectivista* (2018), *Una seguridad pública integrada* (2021) y *Disidencia controlada* (2021). Fue ponente en 2018 en la comisión parlamentaria del Congreso de los Diputados para la reforma del modelo policial y de la comisión para la reforma de la Ley de Seguridad Ciudadana.



A modo de introducción

EN TODA ANTOLOGÍA, los relatos y/o los escritores suelen tener un denominador común. Es lo habitual en una recopilación de textos que se publiquen juntos en una unidad temporal y espacial. Sin embargo, si nos ponemos a buscar ese denominador común en *Malas calles*, nos encontramos con alguna que otra sorpresa. La primera sería que los lugares de procedencia profesionales de los autores son de lo más variado: hay policías de un lado o del otro, jueces, abogados, directores de instituciones penitenciarias, policías reconvertidos en profesores universitarios o viceversa, e hispanistas y periodistas también reconvertidos. En segundo lugar, los géneros literarios que han cultivado van desde la novela negra o policíaca, a la crónica negra, el ensayo o la historia contemporánea. Luego, a primera vista pudiera parecer que pocas cosas les unen. Sin embargo, no es así, pues todos los integrantes de la antología han pateado el asfalto

de nuestras ciudades o las baldosas de las salas de los pasos perdidos de los juzgados o de los patios de nuestras cárceles. No viven en cúpulas de cristal alejados de las calles ni de las mazmorras. Cuando escriben, saben de lo que tratan; cuando hablan de asesinatos es que algo conocen. Han vivido y sufrido las callejuelas, las malas calles, con sus pros y sus contras, han visto muertos y sangre, jeringuillas y drogas, asesinos y víctimas, inocentes condenados y culpables absueltos, políticos corruptos y políticos de otros colores. Les une ese mundo común que huele a sangre y pólvora. Y entonces, se pusieron a escribir.

La razón de ello tal vez se encuentre en Fernando Pessoa, cuando decía: «La literatura nace porque el mundo es insuficiente». De esa manera, este colectivo, con un mundo en común y con diferentes obras de gran calado escritas por sus componentes, se lanzó por la vertiente difícil del relato corto, buscando lo literario en un mundo que se presentaba insuficiente para ellos. Quisieron contarnos cosas grandes en pocas líneas, como el ínclito Francisco de Quevedo. Y de ese afán fueron naciendo los siguientes relatos:

El inspector jefe de la Policía Nacional, exdirector de la sección de Análisis de Conducta Criminal, Juan Enrique Soto, presenta el relato *Entrevías express*: «Podría echar la cuenta de los años que han transcurrido desde que empezamos a ser unos mocosos de pandilla por las calles de Entrevías [Madrid] hasta tu asesinato sobre las piedras». Un

vagón de tren, una chica idolatrada, un colega yonqui apuñalado... Puro cauce negro.

El comisario de la Policía Municipal de Madrid y exresponsable de prensa del Cuerpo, Antonio Jesús Gómez Montejano, se afana en dos ficciones. *Al servicio del bien*: «En el preciso instante en que fue invitado a sentarse en el banquillo de los acusados, Juan Pérez se acordó de Joseph K, el sórdido personaje de la obra *El proceso*, de Kafka, pues se sentía una víctima incomprendida y totalmente confusa en aquella situación». Las primeras líneas del siguiente trabajo, *Tres rostros y una paradoja*, evidencian asimismo su argumentario: «Salva no había conseguido reponerse aún del golpe que le supuso el suicidio de Carlos. No se trataba solo del hecho de perder a un colega con el que en infinitas ocasiones había patrullado y al que después veía casi a diario...».

Samuel Vázquez, criminólogo y miembro de la Policía Nacional, se prodiga en una epopeya, *Matar de miedo*, que hace honor al título: «Noche fría de las que hielan el alma, luna llena que anuncia algo malo [...]. Se habían producido asaltos a otras fincas de la zona en los días anteriores, y a sus 78 años sabe de sobra que si le toca a él, será carne de cañón». Basado en hechos reales, narra el asalto nocturno de un delincuente violento a la casa de un septuagenario que defendió su vida.

Noelia Colmenarejo es una joven oficial de la Policía Municipal de Madrid, especializada en violencia de género.

Su narración, *Un café pendiente*, afronta la problemática del acoso escolar con resultado trágico: «Alejandro y Laura eran menores de 16 años, lo mismo que el resto de los compañeros que les estaban haciendo *bullying*. Hay agentes tutores que tratan de prevenir esto cada día, pero por desgracia es más que habitual en las aulas y este resultado fatal, el suicidio, sucede en ocasiones».

Manuel Avilés, director de Prisiones, la hispano-alemana Evelyn Kassner y la abogada madrileña Mónica Nombela forman un triunvirato que decidieron escribir a seis manos. *Iniquidad* es la crónica de Avilés y Kassner: «Estás a punto de convertirte en cómplice de un asesinato. Pensarás con toda seguridad: este tipo está zumbado. Pues no. Te lo aseguro. Te voy a dar una oportunidad, solo una, para que si tu ética, moral, o como coños quieras denominarlo, te lo permite no seas partícipe de esta historia». La otra ficción, *Donde menos se espera... salta la liebre* (Avilés y Nombela), discurre por la senda del asesinato: «Después de las comprobaciones y pesquisas llevadas a cabo en su domicilio, el marido de Marta fue conducido esposado a las dependencias policiales. Estaba detenido y quedaba a disposición de la policía hasta la declaración judicial».

José Manuel Estébanez es juez y se le nota, como a los polis, a los de los bufetes y a los de instituciones penitenciarias. Todos suelen llevar el rictus de la última reforma del Código Penal grabado en la cara. Así, Estébanez entrega

su «cuento», *Un fallo lo tiene cualquiera*, jugando con las palabras ex profeso: «Érase una vez una tal Marina, Marina Fanjul. Al verla nadie habría imaginado el placer que obtenía destrozando las vidas de quienes por azares del destino se cruzaban en su camino...». José Manuel sabe por oficio que el «fallo» es una sentencia de un juez o de un tribunal con un pronunciamiento decisivo acertado. ¿O acaso no?

Desde Cantabria, Julio Arroyo, miembro de la Policía Nacional y exdirector de la revista *Policía Solidaria*, narra un episodio, *Decisiones*, en el que nada es lo que parece: «Hace un tiempo un hijo de puta como tú violó a mi hija. Le mandaron a prisión provisional sin fianza, y lo primero que hicieron fue meterle en una celda individual, separarle del resto en el patio y ponerle otro recluso para que lo acompañase en todo momento. Protocolos de suicidios dijeron...». Una dura aventura de redención.

Quiero comerte el corazón es la historia que José Romero Romel, miembro recientemente jubilado de la Policía Municipal de Madrid aporta a estas páginas. «El inspector Sánchez dejó el libro sobre la mesa de su pequeño despacho. Un retrato del rey, un ordenador de sobremesa y una foto de su hijo tomando posesión del cargo en la academia de policía, componían toda la decoración [...]. Tres meses después el número de varones asesinados sin corazón ascendía a cinco». Romero opina que frecuentemente la explicación más sencilla es la plausible, como defendería Guillermo de Oca.

Desde el área jurídica del Centro de Altos Estudios Policiales, el inspector de Policía Nacional Serafín Giraldo entrega el capítulo *Los últimos días del policía Mario*: «Aquella sala de espera de la Oficina de Denuncias de Carabanchel era un lugar de curritos, de pícaros y vividores, de gentes de bien y mal, putas caras y baratas, peluquines y silicona, culos apretados por muchos motivos, de madres maltratadas, de adolescentes olvidados y gitanos con tanto oro encima que serviría de lastre en el Manzanares...». Una narración realista y trágica a la vez.

Alejandro M. Gallo, comisario-jefe de la Policía Local de Gijón y profesor de la Escuela de Seguridad del Principado de Asturias, escribe *El asesino del Centro Pompidou*: «Mira, Papá Noel de los cojones, si hubieses leído algo en tu vida, sabrías que el filósofo Francis Bacon defendió siempre que para llegar a la verdad tendríamos que liberarnos previamente de los prejuicios». El irónico, desencantado y terror de cultuoretas posmodernos, el comisario Gorgonio emprende una nueva investigación: el asesinato de un general español en una base secreta de la OTAN, en el mismísimo corazón de París. Durante las pesquisas le acompañan Pepote, de Policía Científica, y los inspectores Matías y la Mari.

Ricardo Magaz, profesor de Fenomenología Criminal en la UNED y miembro de la Policía Nacional, se despacha con un par de relatos. El primero, *La prostituta que pidió ser en-*

terrada en El Corte Inglés: «No andaré con rodeos. La Chelo era puta, todo el mundo lo sabe. De las de treinta euros y la cama, aunque a veces el catre lo incluyera en el servicio. También resultaba conocida su preferencia por contratarse a ratos. “A cincuenta pavos la hora y si tardas algo más en aliviarte no pasa nada”». Su otra historia, *Alipio Morgades, inspector de policía de segunda clase*, deja clara desde la primera línea la intención: «El día que detuvieron a Rodrigo Rato con la mano en el cogote, tal que un chapero braguetero de veinte euros y la propinilla por el afán en el trabajo, el inspector de policía de segunda clase Alipio Morgades estaba de regocijo en un pisito con techos altos de la calle Castelló con Ramón de la Cruz».

No hay más que decir, pasen ustedes a la lectura de catorce relatos, trece autores y miles de vivencias. Recuerden, cuando suene la pólvora o caiga el mazo de la ley o se cierren las rejas de las celdas, casi todos recularán menos una minoría. Y de esa minoría, solo unos pocos se sentirán obligados a escribir sobre la experiencia, tal vez porque se sientan herederos de Garcilaso de la Vega e hicieron suyo el «Tomando ora la espada, ora la pluma» o vaya usted a saber por qué, pues en este mundo de la ley y el orden ya comienza a haber de todo.

Malas Calles

HISTORIAS CRIMINALES CONTADAS POR POLICÍAS



Decisiones

Julio Arroyo

RUBÉN HABÍA ENCONTRADO un tocón donde sentarse a la orilla de un pequeño pero precioso riachuelo. Sacó de su mochila un poco de fruta y ofreció una pieza a su acompañante mientras le preguntaba:

—Don Pedro, ¿le está gustando la ruta?

—La verdad es que más de lo que esperaba. Mira que ya he hecho unas cuantas, pero estas vistas son realmente espectaculares. Y, por cierto, ya te he dicho que no me trates de usted.

—Es que en el pueblo estamos acostumbrados a tratar de usted al cura.

—A mí no me hace ninguna falta. Olvídate que eres guía y que yo soy cura. Imagínate que somos dos colegas pasando un buen día. ¿Sueles ir mucho la iglesia? —preguntó Pedro con tono burlón.

—Pues, la verdad es que no. Con todos mis respetos, no soy muy creyente. Estudié con los frailes que llevaban el colegio del pueblo, he leído sobre la reencarnación, la energía del karma y alguna otra cosa, pero ninguna religión me convence mucho. —Rubén guardó silencio antes de continuar—. Padre, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí, pero o me tuteas o no te contesto.

—Siempre me ha llamado la atención la teoría del caos y el efecto mariposa. Al cabo del día tomamos cientos de decisiones, ¿crees que las decisiones que tomamos en cada momento cambian nuestro destino? Quiero decir, como ocurre con la teoría de la mariposa... ¿O tenemos ya escrita cómo va a ser nuestra vida?

—Dios nos otorgó el libre albedrío. Lo único importante es saber adoptar las decisiones correctas. Y en caso de equivocarse, poner todos los medios a tu alcance para arreglarlo.

La contestación del hombre no solucionó las dudas del guía, pero le pareció una buena respuesta en la que pensar. Ni todas las decisiones que había tomado en su vida resultaron afortunadas, ni había reparado en muchas de ellas.

Retomaron la marcha por aquel bosque durante un par de horas más, recorriendo senderos y veredas repletos de preciosos árboles y escarpados tramos. De pronto, Pedro se dirigió a su guía indicándole que parase porque le dolía el tobillo.

—A menos de un kilómetro hay una desviación hacia un claro con luz y buenas vistas, ¿puedes llegar o paramos aquí? —preguntó Rubén.

—Puedo llegar. Es solo una molestia.

—Me ha sorprendido que estés en muy buena forma.

—Procuro cuidarme.

—La mayoría de los curas que he conocido comían bastante bien. Más que pescadores de hombres parecían cazadores glotones.

—Yo soy un cazador de almas —respondió el senderista.

Convencido de que tal vez la conversación no fuera del agrado del sacerdote, rápidamente cambió de tema.

—Lo bueno que tiene esta zona es la tranquilidad. No hay mucha gente por aquí, salvo los que utilizan algunos de estos caminos para llegar a zonas donde practicar vía ferrata.

Tras llegar al claro y acomodarse, sacaron algo de comida y Rubén comenzó a hablar.

—Me resultó extraño que me contratases para esta excursión. Normalmente, suelen venir grupos. No quiero decir que no pueda subir alguien solo, pero no es lo habitual.

—Busco la redención, y acercarme a la naturaleza es una buena forma de lograrlo, ¿no te parece?

—¿Por eso me pediste una ruta tan despoblada?

—No me molestan los senderistas, pero me apetecía un poco de unión con la naturaleza para reflexionar. Hay momentos en la vida para estar cerca de la gente, cerca de los

tuyos... Pero en otras ocasiones es bueno desconectar un poco y dedicarse un momento a uno mismo.

—En eso estoy totalmente de acuerdo. Yo trabajo de esto desde hace muchos años, pero hay veces que es necesario desconectar. ¿Qué tal el tobillo?

—Bien, solo era un problema con la bota. Se ve que se me han hinchado un poco los pies con el calor.

—Junto a aquella arboleda hay un pequeño riachuelo donde puedes meter los pies para que se alivien un poco.

—Muchas gracias —respondió el cura antes de perderse tras la arboleda.

Rubén estaba encantado con la excursión. Había heredado la vocación de ser guía de montaña de su padre, quién en su día, toda una leyenda en las montañas, atraía la admiración de muchos. Había logrado convertir la vocación en su medio de vida y eso era algo que no muchos podían decir. Sin embargo, hacía ya unos años que la montaña se estaba masificando, debido a las convocatorias a través de las redes sociales, a las que acudían personas que ni conocían ni respetaban la naturaleza. Últimamente le cansaban los excursionistas extranjeros, que la víspera se ponían hasta arriba de alcohol y llegaban en condiciones lamentables. Odiaba las discusiones que surgían en muchas de las excursiones de empresa, donde a mitad de camino los ánimos estaban tan alterados que se veían obligados a regresar, pero sobre todo le ponían los nervios de punta los aprendices de *in-*

fluencer, que para sacar una fotografía no dudaban en arriesgar la seguridad del grupo.

Cuando observó que Pedro regresaba del riachuelo, se arrodilló para buscar en la mochila unos prismáticos a fin de que el sacerdote pudiese ver las cimas de las montañas más lejanas. No se había levantado cuando, sin previo aviso, recibió un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza, cayendo inconsciente sobre el sendero terroso.

Un chorro de agua y unos fuertes manotazos en la cara le fueron devolviendo de nuevo a la realidad. El dolor de cabeza junto a los rayos de sol que incidían directamente en sus ojos le dificultaban discernir la forma agachada que tenía frente a él. Unos segundos después descubrió con sorpresa que se trataba de Pedro.

Todavía desorientado, comenzó a tomar conciencia de su situación. Estaba atado a un árbol y con las manos anudadas a la espalda.

—¿Qué coño pasa? ¿Por qué me has atado? —preguntó muy nervioso.

—Tengo que hablar contigo —respondió Pedro con tranquilidad, al tiempo que se despojaba del crucifijo de madera que le colgaba del cuello y lo guardaba en la mochila.

—¡Estás loco! ¿Qué quieres de mí?

—Antes de seguir hablando piénsalo bien. Habrá gente que sabe que has salido de ruta, pero nadie conoce que estoy aquí contigo. Cuando me presenté vestido con un va-

quero y una camisa negra con alzacuello —que me hice con un simple trozo de plástico y un poco de tela—, ni siquiera dudaste. Solamente me pediste de palabra mis datos. Acuérdate.

—¡Me buscarán! —respondió aterrorizado el guía, observando cómo su camiseta se iba impregnando de la sangre que caía de su cráneo.

—Por supuesto que lo harán. Cuando no regreses, la Guardia Civil realizará batidas como las que hiciste tú con ellos buscando al niño.

—No sé de qué estás hablando.

—¡No me interrumpas! —gritó Pedro, con los ojos fuera de las órbitas.

El guía intentó soltarse, pero estaba muy bien atado y no pudo impedir que el falso cura le tapase la boca con cinta americana.

—Ahora vas a escucharme atentamente.

Sacó de su mochila una botella de whisky y, tras un par de tragos, comenzó a hablar con ira reprimida.

—Hace un tiempo un hijo de puta como tú violó a mi hija. Lo mandaron a prisión provisional sin fianza, y lo primero que hicieron fue meterle en una celda individual, separarle del resto en el patio y ponerle otro recluso para que lo acompañase en todo momento. Protocolos de suicidios dijeron... ¡La puta vida para ellos, todo son derechos! —gritó el falso cura.

Después se llevó las manos a la cabeza en un intento por tranquilizarse para continuar su relato.

—Los meses que siguieron fueron lentos y agónicos. Mi exmujer estaba llena de valor, mientras que yo no sabía qué hacer. Visitas a la comisaría y los juzgados, citas con abogados y forenses... Mi niña quería olvidarlo y evitaba los lugares que le recordaban la salvajada que le hicieron. Sentía vergüenza y culpa. Cuando me dijo llorando: «Pasé por donde no debía», el alma se me cayó a los pies. ¡Mi hija pensaba que la culpa de lo que le había pasado era suya! Los recuerdos y las pesadillas de lo que la había hecho presa ese cabrón le corroían cada vez más. Únicamente quería estar sola y no hablar con nadie. Mi hija ya no podía dormir sin pastillas, apenas comía y comenzaron los dolores de cabeza, los temblores y la tristeza. Una tristeza que le llevó a la depresión profunda. Ese hijo de puta logró que se suicidara y ese día mi vida también acabó.

Las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Pedro ahogaron sus palabras, ante un atónito y acojonado Rubén. Tras beber un trago largo de whisky, logró coger fuerzas para seguir hablando.

—Después, el tiempo pasó muy despacio, pero a mí ya no me importaba. Cuando el abogado nos dijo que existía la posibilidad de que el violador fuera absuelto, por un error de procedimiento al tomar las primeras pruebas sin autorización, sinceramente me alegré. Podría hacerle justicia a mi

hija. Pasé los días, y sobre todo las noches, pensando en mil formas de matarlo. Maquinaba cómo hacerle sufrir lo que sufrió mi hija. Pero incluso el destino me quitó eso. Poco antes de ponerlo en libertad, lo trasladaron a otro módulo y un preso le metió veintitrés puñaladas. Las noticias contaron que el preso le había aplicado «la ley de la cárcel» contra los violadores. Aquello me rompió por segunda vez. Ya no podría vengar la muerte de mi hija. Pero fue entonces cuando, viendo el telediario, te vi salir del cuartel de la Guardia Civil. ¡Un niño! ¡Cómo se puede matar a un niño! —gritó Pedro.

Se volvió a llevar las manos a la cabeza y estuvo en silencio varios minutos. Rubén lo miraba aterrado, pensando aceleradamente las formas de escapar con vida de aquel loco.

Mientras Pedro daba otro trago a la botella, el guía realizó unos leves sonidos con la boca, procurando apenas moverse para no enfurecer a aquel desconocido.

—Sí. Tienes razón. Es hora de que empieces a hablar.

Le despegó la cinta americana de la boca y le preguntó directamente:

—¿Por qué mataste al niño?

—¡Yo no he matado a nadie! Cuando aquel chico desapareció, la Guardia Civil me pidió ayuda para rastrear el terreno. Lo he hecho otras muchas veces. Colaboro con los equipos de montaña cuando me lo piden. Te juro por Dios que yo no he hecho nada.

—¡No jures, cabrón! ¡Te detuvieron! Lo vi yo mismo por la televisión y lo he corroborado en el pueblo.

—Los del pueblo no saben nada. La investigación sobre la desaparición del chaval está bajo secreto de sumario.

—¡Estaban allí las putas cámaras! —gritó Pedro—. Lo vi en directo. Vi cómo te escondías detrás de tu abogado.

—Sí, sí, vale. Cuando vinieron los guardias de Madrid, me citaron para tomarme declaración en el cuartelillo. Fui con mi abogado y pude demostrar que el día que desapareció el chico yo estaba a más de treinta kilómetros con un grupo de once excursionistas.

—¡Mientes! Se habría sabido.

—Está bajo secreto de sumario. A la prensa no le informan de nada. ¡Joder, yo no he hecho nada, te lo juro!

La cara de Pedro cambiaba por momentos. Se limpió el sudor de la frente y respondió con frialdad.

—Tienes dos opciones. Decirme la verdad por las buenas o por las malas. Yo no tengo las manos atadas como los guardias o los jueces, pero si confiesas te dejaré libre.

—No puedo confesar algo que no he hecho —respondió desesperado Rubén.

Pedro extrajo una bolsa de plástico de la mochila y cubrió la cabeza del guía. Cuando la tensó alrededor de su cuello, el guía comenzó a ahogarse y a boquear como un pez en la arena, mientras los pliegues de la bolsa se le metían en la boca al intentar respirar. Pedro repitió varias veces el mismo procedimiento hasta que Rubén vomitó.

—Confiesa y te dejaré libre. Los padres del chico necesitan saber quién lo hizo.

Después de toser y escupir, Rubén insistió en su inocencia.

Aquello enfureció tanto a Pedro que le introdujo la bolsa vomitada en la boca, para acto seguido teparle con una mano la nariz y con la otra sujetarle la mandíbula. Tras unos segundos de arcadas que se hicieron eternos, Rubén se desmayó.

De nuevo las bofetadas en la cara le devolvieron a la triste realidad. Sin pronunciar palabra, Pedro volvió a sellarle la boca con cinta americana y se situó detrás de él. Primero fue el sonido e inmediatamente después el dolor. Le acababa de romper un dedo. Los gritos de dolor quedaban atrapados en su garganta. Apenas le dio tiempo a reponerse cuando los otros cuatro dedos de la mano siguieron el mismo camino.

Durante un instante, Rubén pensó que aquello había acabado, porque su torturador se levantaba, dejando su otra mano intacta, pero sus esperanzas se vieron frustradas cuando con horror observó cómo Pedro se sentaba sobre su pierna derecha y le clavaba un piolet en la rodilla.

Pedro se quedó mirando cómo el guía se retorció de dolor, y tranquilamente le susurró al oído:

—Procura no mover la pierna o te dolerá más. —De un tirón arrancó la cinta que cubría su boca y le preguntó—: ¿Vas a hablar ahora?